

VER:

En los anteriores retiros, reflexionábamos acerca de la llamada personal que nos hace el Señor, y como somos enviados por Él a evangelizar.

Muchos somos conscientes de haber recibido la llamada personal que Dios nos hace, de que no somos un simple número en la masa de los cristianos, sino sujetos responsables, constructores, en nuestra vida y en nuestra sociedad, del proyecto Liberador de Dios. Él necesita de todos y cada uno de nosotros en esa tarea. Él necesita de nosotros para construir la comunidad parroquial, para llevar a cabo nuestro objetivo pastoral: “La Parroquia es c@sa de tod@s”. Aunque seamos libres de cumplir o dejar de lado ese encargo, nadie podrá sustituimos y ocupar el hueco vacante. “Lo que yo no haga, quedará eternamente por hacer”.

Como en retiros anteriores, vamos a continuar reflexionando acerca de la importancia y la necesidad de sentirnos llamados y enviados como Abrahám, José... para ser sus testigos. Tal como somos, con nuestras cosas buenas y con nuestras cosas mejorables, con nuestros defectos y virtudes.

Estamos a punto de celebrar la Navidad, y estamos ya rodeados de bolas de cristal, campanitas, árboles de Navidad, papanoeles en los balcones, felicitaciones con imágenes de casitas nórdicas, cubiertas de nieve en la noche, luces, turrones y otros artículos y elementos más o menos típicos y típicos en estas fechas.

La Nochebuena se reunirá la familia, o al menos se hará un gran esfuerzo por reunirla, se telefoneará a los miembros que están lejos, y se procurará cenar todos a la misma hora –al menos una vez al año-, como un rito propio de Navidad. Quizá se canten villancicos, quizás se vaya a la Misa del Gallo...

Pero es fácil que junto con todo eso, tengamos también una sensación de “esto no debería ser así”, porque cualquier persona con un mínimo de sensibilidad descubrirá detrás de todo esto un enorme tinglado económico y publicitario, con el fin de que “las navidades” (así, en plural) sean una campaña comercial más, que deje abundantes beneficios.

Un anuncio de la Lotería Nacional decía lo siguiente: “*Hay muchas navidades*”, y empieza a nombrar diferentes tipos: “*la familiar, la nevada, la afortunada, la viajera, la sonada, la soñada, la de cine...*” Y termina diciendo: “*Hay muchas navidades, pero todas están aquí. Sorteo Extraordinario de navidad. Lotería Nacional: la nuestra.*”

Así pues, teniendo presente el anuncio publicitario de la Lotería, preguntémonos: ¿qué navidad? ¿Qué tiene que ver todo lo anterior con la verdadera Navidad, con el nacimiento de Jesús? Porque Jesús no aparece por ningún sitio. ¿Qué queda de verdadero en nuestra Navidad, si los elementos que la identifican actualmente son accesorios, ficticios e incluso algunos antievangélicos? ¿Qué hay de específicamente cristiano en nuestra Navidad? ¿Dónde está la Navidad cristiana? ¿Dónde y cómo nace Jesús en “estas navidades”?

Si nos dejamos llevar por el ambiente, es fácil que nos quedemos sin Navidad. Pero también, si pretendemos celebrar la Navidad, es fácil que nos sintamos o nos hagan sentir desplazados, fuera de lugar, buscando algo arcaico que hoy en día carece de sentido.

Por eso, en un primer momento de nuestra reflexión ante el Señor, preguntémonos:

- ¿Cómo voy a celebrar la Navidad? Repaso el “programa” de estos días que se acercan.
- ¿Qué aspectos de esas “otras navidades” me veo más o menos forzado a asumir?
- ¿Qué hago para celebrar la verdadera Navidad, en cristiano, el nacimiento de Jesús?

JUZGAR:

Está claro que quienes nos hemos reunido hoy aquí queremos celebrar la verdadera Navidad, y dejarnos atrapar lo menos posible por las “otras navidades”. Para ello, vamos a situarnos en el papel de los pastores a quienes se anunció el nacimiento del Mesías.

Contemplándolos a ellos, vamos a tratar de recuperar la capacidad de asombro, de sorpresa, de adoración de este Misterio del Amor de Dios que, un año más, nos disponemos a celebrar. Y lo celebramos para vivirlo y para anunciarlo, porque como los pastores, también nosotros, tras la Navidad, debemos volver a nuestra vida ordinaria dando gloria a Dios por lo que hemos contemplado estos días.

Primero, vamos a ponernos a la escucha de la Palabra, para recordar y renovar lo que nos disponemos a celebrar:

En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor.

El ángel les dijo:

- «No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»

De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

- «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.»

(Lc 2, 8-14)

Los pastores están en sus quehaceres, en sus tareas. Los pastores son gente sin importancia, tan poca que, al parecer, ni siquiera se les inscribe en el censo ordenado por el emperador Augusto. Pero, a pesar de su poca importancia, o precisamente por ello, reciben una llamada especial, el anuncio de la Buena Noticia, de la alegría para todo el pueblo: el Mesías durante tantos años esperado ha nacido.

Un Mesías que nace de un modo inesperado: *encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre*. Lo nunca visto, lo nunca imaginado. Y son llamados a contemplar ese hecho inaudito, ese Misterio.

Navidad es esto: es la celebración de que Dios no ha querido quedarse encerrado en un cielo lejano e inaccesible, sino que ha querido acercarse al hombre. Ha querido mezclarse en nuestro camino, hacerse compañero de viaje. Se ha acercado tanto que se ha identificado con los pobres, los últimos, los que no cuentan. Se ha confundido con ellos. Ha pasado por uno de tantos, hasta el punto de no encontrar sitio en la posada y tener que nacer en un establo.

Y eso, aunque en ese momento los pastores no lo entiendan, aunque a nosotros nos cueste entender, da un sentido nuevo a la vida, a la historia, al futuro. Porque este hecho muestra que Dios confía en el ser humano, que Dios nos ama de forma apasionada, fiel y gratuita. El Hijo de Dios se hace persona, se hace hombre, se encarna. Un gesto elocuente con consecuencias esperanzadoras.

Dice el Papa: "El Creador, que tiene todo en sus manos, del que todos nosotros dependemos, se hace pequeño y necesitado del amor humano. Dios está en el establo" (Benedicto XVI).

En Navidad celebramos que ya no podemos hablar de lejanía y olvido por parte de Dios. Su misericordia se hace cercanía total. Quiere salvar a la humanidad desde dentro, desde su entraña más profunda. En Jesucristo, naciendo como uno de nosotros, pequeño y pobre, Dios entra de lleno en nuestra historia, en nuestra vida personal y social.

Esto es nuestra fiesta, esto celebraremos en Navidad: la venida de Dios a los hombres para que nosotros nos acerquemos a Dios, o más propiamente, para que volvamos a Él, para que despojados del hombre viejo nos revistamos del nuevo.

Éste es el Misterio de Amor que estamos llamados a contemplar:

- ✓ Contemplamos que ya no estamos solos ante la vida... Ahora hay Alguien que trae respuestas y tiene planes para nosotros...
- ✓ Contemplamos que ya no estamos solos, porque Dios está con nosotros, porque así ha querido que se llame ese Niño: Emmanuel, "Dios-con-nosotros".
- ✓ Contemplamos que Dios ya no es el lejano, casi indiferente ante lo que nos pasa y a cómo vivimos.
- ✓ Contemplamos que Dios forma ya parte de nosotros; de nuestra propia vida, de nuestra propia humanidad.
- ✓ Contemplamos que tampoco es el Dios del miedo, el innombrable... pues se ofrece a nosotros desde la fragilidad y pequeñez, y al mismo tiempo ternura, que supone la presencia de un Niño que nace.
- ✓ Contemplamos la novedad que este nacimiento sorprendente nos trae: otra forma muy distinta de vivir... donde se vive la vida como un servicio a los demás, donde está presente el amor, el perdón y el compartir.

Para la reflexión:

- A pesar de ser una persona "común", sin apenas importancia social, ¿me considero llamada personalmente a celebrar la Navidad? ¿Qué sentimiento despierta en mí esa llamada?
- De todo lo que contiene el Misterio de la Navidad, ¿qué es lo que más me llama la atención, qué es lo que más me atrae para contemplarlo? ¿Por qué?
- ¿Qué cambios en el modo de vivir personal y social reclama la contemplación del Misterio de Navidad?

Vamos a seguir poniéndonos a la escucha de la Palabra. Porque el Misterio de la Navidad requiere que la contemplación se vea complementada con la adoración.

Porque “**adorar**” significa reverenciar con sumo honor o respeto a un ser, considerándolo como cosa divina, pero también amar con extremo. Vamos pues a seguir fijándonos en los pastores, porque estamos llamados, como ellos, a contemplar y a adorar el Misterio del Dios hecho hombre.

Cuando los ángeles los dejaron y subieron al cielo, los pastores se decían unos a otros:

- «Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor.»

Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño.

Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.

(Lc 2, 15-19)

Los pastores lo dejan todo y van hacia el Portal. Los pastores, esa gente sin importancia que veíamos antes, salen de noche y dejan el rebaño, fiándose del anuncio que han recibido, para aventurarse en la luz del Portal.

De ser gente sin importancia pasan a ser invitados de Dios. Al ponerse en camino, han sido elevados de rango.

Y al llegar comprueban por sí mismos que el anuncio era cierto: *encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño.*

Su acto de fe, su confianza en el anuncio, su disponibilidad a dejarlo todo y a salir de noche, les lleva a encontrarse con el Misterio; y la primera actitud que surge ante el Misterio es la adoración: se dan cuenta de que se hallan frente a la divinidad, pero no les causa terror, sino que brota en ellos el amor.

Ante el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios nuestra primera actitud debe ser de adoración: la Palabra “ha venido a los suyos” y la hemos recibido por la fe. El gozo, la gratitud y el amor son reacciones a la acción de Dios en nosotros.

Jesucristo “nace” de nuevo en Navidad para fortalecer nuestra fe, para que podamos acogerle, y hacer de Él, no sólo la meta de nuestro seguimiento, sino también el contenido de nuestro testimonio y la raíz de nuestra vida cristiana. Y durante el tiempo de Navidad no sólo debemos, sino que necesitamos contemplar y adorar este Misterio.

Navidad es nacimiento, venida de alguien esperado y deseado, del que se esperan muchas cosas. Los cristianos celebramos el nacimiento de Quien es la figura central de la historia humana. Pero su importancia no está en lo que fue externamente. Como hemos escuchado, ni en su nacimiento se distinguió por lo que solemos valorar los seres humanos en nuestra vida social. Más bien sus signos fueron de una sencillez apabullante.

Su importancia está más en lo que significó para quienes se encontraron con Él, y después, para quienes hemos descubierto, sentido, y creído en Él, y hemos experimentado su impacto en la vida de la humanidad y de los creyentes.

Si esto es lo que estamos llamados a contemplar y a adorar, si esto es la Navidad, no podemos dejarnos seducir por los reclamos de la propaganda y de la publicidad que sólo apuntan a la satisfacción inmediata, al consumo. No podemos huir de ello, pero sí que podemos evitar que nos atrape y nos absorba sin dejar espacio a lo único importante.

Tampoco podemos reducir la Navidad a una fiesta de familia, hasta el punto de que las “obligaciones familiares” nos priven del tiempo necesario para encontrarnos con tranquilidad con el Niño. Tendremos que atender estas “obligaciones”, pero siempre dejando tiempo y priorizando lo que, como seguidores del Señor, debemos cuidar.

Ni siquiera la comunidad cristiana puede reducir estas fiestas a una serie de “celebraciones”, preocupándonos por preparar una liturgia esplendorosa para la noche santa, y ensayando villancicos, pero dejando en segundo o tercer plano lo principal: el encuentro silencioso y personal con el Señor que nace, para poder adorarle de corazón.

Y sobre todo, no podemos reducir la Navidad a unos días, y quedarnos en la simple venida del Señor. Tenemos que ser conscientes de que su venida marca el principio del fin, del cambio radical, de un mundo nuevo, de una fraternidad universal, de una solidaridad sin fronteras. Y actuar en consecuencia.

Hemos sido llamados a salvar el mundo, a hacer posible un futuro común para todos, y esperamos conseguirlo siguiendo al Señor. Estamos en ese empeño y no podemos cruzarnos de brazos. La celebración de la Navidad es la llamada a la responsabilidad de hacer posible la familia humana hasta la vuelta gloriosa del Señor para celebrar la gran fiesta de la familia de Dios en la tierra y en el cielo.

Para la reflexión:

- ¿Qué “rebaños” (ocupaciones, obligaciones) voy a tener que posponer para poder encontrarme con el Misterio?
- ¿Sé “adorar”? ¿Qué necesitaría para mejorar esta dimensión de mi fe?
- ¿Qué tipo de “navidades” suelen atraparme más: la comercial, la familiar, la litúrgica...? ¿Qué puedo hacer para vivir la verdadera Navidad como contemplación y adoración?
- ¿Cómo puedo dar continuidad a la Navidad?

ACTUAR:

Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oido; todo como les habían dicho.

(Lc 2, 20)

Por su contemplación y adoración, los pastores se convierten en los testigos de la Navidad, unos testigos creíbles: *Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores.*

Y cuando terminan su contemplación y adoración, *los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oido.*

Es urgente una revisión y tratar de recuperar lo cristiano de la Navidad, o lo que es lo mismo, la Navidad cristiana.

Si la Navidad no nos lleva a celebrar el hecho de que Dios se ha hecho compañero nuestro de viaje; si la Navidad no nos lleva a vivir estas celebraciones con un sentido de expresión y celebración de la fe, la fe explícita de la Navidad, será una Navidad privada de lo más esencial. Y, desde luego, será una navidad pagana, light, no será la Navidad de Jesús.

Si la Navidad no nos lleva a vivir con convencimiento una austерidad y un compromiso por los pobres, con quienes Jesús ha querido identificarse, será que no nos hemos encontrado en verdad con Él.

La celebración de la Navidad nos debe conducir a contemplar y adorar el Misterio de su presencia entre nosotros, y nos debe motivar y empujar a servirle desinteresadamente, sólo por amor, en la gente, de cerca o de lejos, que Él pone en nuestra vida.

Por eso, como los pastores, todos nosotros, grandes o pequeños, hemos sido elevados a una función privilegiada: la de ser también nosotros ahora, ángeles anunciantes, testigos de la Navidad, pues cada uno de nosotros está llamado y enviado a ser un revelador de Dios, a repartir en la vida de todos la esperanza, el consuelo y la luz que vienen del Señor. A pregonar su proyecto de felicidad para todos.

Una función que no está reservada a los especialistas. Es una función común a todos, pues cada uno de los creyentes está encargado de ejercerla, en todos los lugares comunes y corrientes en los que se desarrolla la vida de los hombres y mujeres de la tierra.

Quienes formamos la Iglesia debemos seguir proclamando con nuestra vida, a través de la caridad, la liturgia y el anuncio de la Palabra, el mensaje actual y lleno de la vida de Dios. Tenemos el encargo de no ocultar, arrinconar o apagar la salvación que Jesucristo, Palabra encarnada del Padre, nos trae.

Diariamente tenemos oportunidades de transparentar con nuestras palabras, sentimientos y acciones a Jesús, Salvador y esperanza cierta del hombre, a quien estos días estamos llamados a contemplar y adorar, y enviados como los pastores a anunciarle.

Que, como María, guardemos estas cosas en nuestro corazón para ir reflexionándolas y haciéndolas vida a lo largo de todo el año, como una perenne Navidad.

Damos gracias a Dios con esta oración:

Te damos gracias, Padre misericordioso, por Jesucristo, tu Hijo amado.
Por medio de Él, que es tu Palabra,
has entrado con tu salvación y tu paz en nuestra historia humana.

Tú no has defraudado nuestra espera.
Tú has colmado de tu misma Vida nuestra esperanza.

Padre nuestro, estamos gozosos porque nos ha nacido el Salvador, Jesús, el Señor.
Ayúdanos a celebrar, contemplar, adorar y vivir con fe este misterio de amor.

No permitas, Señor, que apaguemos con ruidos, indiferencias y superficialidades
el eco de tu Palabra, el resplandor de Cristo, la Luz que nos ilumina.

Cristo, tu Hijo, nos hace hijos tuyos; nos muestra tu corazón de Padre.
Haz que nos abramos al gozo de tu presencia, Señor.

Que te descubramos como el Dios-con-nosotros en toda persona humana.
Que la contemplación del nacimiento de tu Hijo nos lleve a adorarte
y servirte en todos los hermanos nuestros,
sobre todo en los que viven en el dolor y la desesperanza.

Para la reflexión:

- ¿Cómo puedo ser testigo creíble de la Navidad?
- ¿En qué aspectos quisiera cambiar a partir de Navidad?
- ¿Dónde o con quién, en mi vida ordinaria, puedo ser “ángel anunciador” de la Buena Noticia de Jesús?

VER:

- ¿Cómo voy a celebrar la Navidad? Repaso el “programa” de estos días que se acercan.
- ¿Qué aspectos de esas “otras navidades” me veo más o menos forzado a asumir?
- ¿Qué hago para celebrar la verdadera Navidad, en cristiano, el nacimiento de Jesús?

JUZGAR:

En aquella región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. Y un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor.

El ángel les dijo:

—«No temáis, os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontrareis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»

De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

—«Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.»

(Lc 2, 8-14)

- A pesar de ser una persona “común”, sin apenas importancia social, ¿me considero llamada personalmente a celebrar la Navidad? ¿Qué sentimiento despierta en mí esa llamada?
- De todo lo que contiene el Misterio de la Navidad, ¿qué es lo que más me llama la atención, qué es lo que más me atrae para contemplarlo? ¿Por qué?
- ¿Qué cambios en el modo de vivir personal y social reclama la contemplación del Misterio de Navidad?

Cuando los ángeles los dejaron y subieron al cielo, los pastores se decían unos a otros:

—«Vamos derechos a Belén, a ver eso que ha pasado y que nos ha comunicado el Señor.»

Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, contaron lo que les habían dicho de aquel niño.

Todos los que lo oían se admiraban de lo que les decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.

(Lc 2, 15-19)

- ¿Qué “rebaños” (ocupaciones, obligaciones) voy a tener que posponer para poder encontrarme con el Misterio?
- ¿Sé “adorar”? ¿Qué necesitaría para mejorar esta dimensión de mi fe?
- ¿Qué tipo de “navidades” suelen atraparme más: la comercial, la familiar, la litúrgica...? ¿Qué puedo hacer para vivir la verdadera Navidad como contemplación y adoración?
- ¿Cómo puedo dar continuidad a la Navidad?

ACTUAR:

Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho.

(Lc 2, 20)

- ¿Cómo puedo ser testigo creíble de la Navidad?
- ¿En qué aspectos quisiera cambiar a partir de Navidad?
- ¿Dónde o con quién, en mi vida ordinaria, puedo ser “ángel anunciador” de la Buena Noticia de Jesús?

ORACIÓN COMUNITARIA

Te damos gracias, Padre misericordioso, por Jesucristo, tu Hijo amado.
Por medio de Él, que es tu Palabra,
has entrado con tu salvación y tu paz en nuestra historia humana.

Tú no has defraudado nuestra espera.
Tú has colmado de tu misma Vida nuestra esperanza.

Padre nuestro, estamos gozosos porque nos ha nacido el Salvador, Jesús, el Señor.
Ayúdanos a celebrar, contemplar, adorar y vivir con fe este misterio de amor.

No permitas, Señor, que apaguemos con ruidos, indiferencias y superficialidades
el eco de tu Palabra, el resplandor de Cristo, la Luz que nos ilumina.

Cristo, tu Hijo, nos hace hijos tuyos; nos muestra tu corazón de Padre.
Haz que nos abramos al gozo de tu presencia, Señor.

Que te descubramos como el Dios-con-nosotros en toda persona humana.
Que la contemplación del nacimiento de tu Hijo nos lleve a adorarte
y servirte en todos los hermanos nuestros,
sobre todo en los que viven en el dolor y la desesperanza.

